

EPÍLOGO

Americanidad a contrapelo*

José David SALDÍVAR

América no se incorporó en una ya existente economía-mundo capitalista. Una economía-mundo capitalista no hubiera tenido lugar sin América.

Aníbal Quijano e Immanuel Wallerstein,
“La americanidad como concepto”

Aceptar la americanidad es residir en los borrones de la colonialidad.

Walter D. Mignolo, *The Idea of Latin America*

Mientras imagino los capítulos del presente libro y las expresiones teóricas creadas en diversas reuniones, seminarios y conferencias del Programa de Investigación Modernidad/Colonialidad, no puedo dejar de pensar en el clarividente análisis “La americanidad como concepto” (1992), de Aníbal Quijano e Immanuel Wallerstein. Al observar los sutiles argumentos propuestos por las palabras clave de este libro –colonialidad del poder, transmodernidad y pensamiento de frontera en el Gran México–, me pregunto si el ensayo de Quijano y Wallerstein puede servir también de marco teórico para mi trabajo. ¿De qué manera la colaboración trans-americana Sur global-Norte global de Quijano y Wallerstein

* Prefacio “Americanity Otherwise”, del libro de José David Saldívar, *Trans-Americanity: Subaltern Modernities, Global Coloniality, and the Cultures of Greater Mexico*. Durham and London: Duke UP, 2012. ISBN: 978-0-8223-5064-4. Texto inédito en español traducido por la Dra. Mónica González García. Todas las citas son sus traducciones (NdeE).

puede ayudarnos –a quienes trabajamos en Estudios Estadounidenses (American Studies), Estudios Críticos sobre Estados Unidos, Estudios Latinoamericanos y Estudios Latinos/as en Estados Unidos– a crear un modelo transnacional, anti-nacional y extranacional de análisis?¹ ¿Por qué la conceptualización trans-americana (e incluso planetaria) de Quijano y Wallerstein no ha sido más vital en estos divergentes campos? Lo que aquí sugiero es que posiblemente necesitamos pensar más ampliamente en la conexión de “La americanidad como concepto” con la globalización.

Entonces, ¿qué significa partir del contexto proporcionado por un ensayo relativamente desatendido que los sociólogos e historiadores Aníbal Quijano e Immanuel Wallerstein publicaron hace cerca de veinte años? Según creo, “La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial” intenta explicar el impacto que la invención de las Américas ejerció, durante los últimos quinientos años, en el desarrollo de “el patrón”, “el *locus*” y “el campo de experimentación original” que permitió la emergencia de lo que hoy entendemos por modernidad y “economía-mundo capitalista” (Quijano y Wallerstein 583). “La americanidad como concepto” constituye un documento crucial para cualquier proyecto comparativo que busque colocar en primer plano los impulsos transnacionales y post-disciplinarios de los Estudios Chicanos, Estudios Latinoamericanos y Estudios Estadounidenses. Mi impresión es que “La americanidad como concepto” posee la capacidad de abrir el imaginario de los emergentes Estudios Trans-americanos a futuros utópicos y distópicos (Pease 1990),² razón por la cual comienzo este libro subrayando la clarividencia de Quijano y Wallerstein al proponer la “americanidad” como espacio geo-social fundamental para nuestros tiempos y para el giro disciplinario hacia los estudios hemisféricos y trans-americanos. La “americanidad” ofrece a los Estudios Latinoamericanos y los Estudios Estadounidenses una aproximación extranacionalista a las culturas de las Américas en el sistema-mundo moderno; también al re-descubrimiento de las Américas como expansión de lo que Quijano y Wallerstein describen como “variados métodos de control del trabajo para diferentes productos y zonas” (583) de la economía planetaria; e, incluso, a la construcción misma de lo nuevo, el progreso, la ciencia instrumentalizada, el racismo y la modernidad.

Para Quijano y Wallerstein, la “invención de la americanidad” fue un proceso de cuatro caras estrechamente vinculadas entre sí. De allí que su

neologismo “americanidad” busque alcanzar y abarcar un gran número de funciones dispares pero relacionadas. El concepto debía ser capaz de enfrentar la multi-genealogía de las Américas como fenómeno en constante conflicto con el provincialismo de Europa (y el eurocentrismo de la colonialidad del poder) –ello porque la hegemonía europea (especialmente ibérica y británica) del sistema-mundo moderno dividió el orden social en rangos, produciendo una nueva “matriz” (584) para la interacción de las culturas, las sociedades y los estados del planeta. Quijano y Wallerstein sugieren que con el llamado “descubrimiento” de las Américas en 1492, se estableció por primera vez una poderosa demarcación fronteriza mundial: la del imperio *vis-à-vis* de otros imperios metropolitanos.

Si bien durante siglos los virreinos españoles y las guerras de independencia esculpieron lo que Quijano y Wallerstein llaman “los estados [de América Latina] que hoy conocemos”, fue esa misma “estadidad de los estados” (583) la que hizo posible la invención de la etnicidad en las Américas y su emergencia como “bloque estructural” central del sistema-mundo capitalista moderno.³ La “americanidad” como matriz histórica auto-creada se vincula con la idea de colonialidad y genera una dupla de poder con la matriz de la etnicidad. Para Quijano y Wallerstein, la colonialidad como “conjunto de estados” (584) se articula a sí misma en capas jerárquicas dentro de un sistema global interestatal. Si observamos este sistema, creado por la modernidad colonial de Europa, encontramos a las colonias de las Américas en su base y a unos pocos estados europeos en su cúspide.

Según sugieren Quijano y Wallerstein, la jerarquía de la colonialidad europea se ha manifestado “en todos los dominios –político, económico, y no menos en lo cultural” de la vida humana, siendo capaz de “reprodu[cirse]” (584) una y otra vez. Lo crucial de esto para sociólogos e historiadores trans-americanos, y para quienes realizamos Estudios de Latinos en Estados Unidos y Estudios Estadounidenses, radica en que cuando los estados coloniales concluyeron las guerras de independencia y el proceso que hoy llamamos descolonización, la colonialidad del poder no cesó. Por el contrario, la colonialidad del poder de la americanidad persistió “en las jerarquías sociales y culturales entre lo europeo y lo no europeo” (583). Además, como he señalado, la colonialidad del poder fue el adhesivo esencial para la articulación, interpelación e integración del sistema interestatal dentro del sistema-mundo colonial moderno.

En su ensayo, Quijano y Wallerstein identifican la cercanía que existe entre colonialidad, etnicidad y racismo por un lado, con el capitalismo y la consolidación del capital en Europa y las Américas entre los siglos XV y XVIII por otro. Señalan que la colonialidad se constituye mediante la clasificación ibérica y reclasificación británica de la población del planeta –de ahí que los conceptos cultura y etnicidad se tornen fundacionales para las tareas de clasificar y reclasificar. Según explican, “todas las grandes categorías [de etnicidad y raza] por medio de las cuales dividimos hoy en día a América y el mundo (americanos nativos o “indios”, “negros”, “blancos” o “criollos”/europeos, “mestizos” u otro nombre otorgado a las supuestas categorías “mixtas”), eran inexistentes antes del moderno sistema mundial” (584) y, en consecuencia, no existían antes de la invención de la americanidad. Asimismo, los llamados aparatos ideológicos del estado, como la iglesia, las universidades y otros, han servido para administrar y controlar dichas clasificaciones. Por último, la colonialidad ibérica y británica que los colonizadores trajeron consigo desde los imperios europeos instituyó una perspectiva epistemológica desde la cual otorgaron significado absoluto a este nuevo *patrón de poder* (la colonialidad del poder). Desde mi perspectiva, uno podría conceptualizar la colonialidad del poder a partir de los ejes compartidos de dominación y subjetivación –vinculados, a su vez, con trabajo, explotación y capital.⁴ Vistas desde la perspectiva de la americanidad, etnicidad y colonialidad delinearon lo que los autores llaman “fronteras sociales correspondientes a la división del trabajo. Y justificó las múltiples formas de control del trabajo inventadas como parte de la americanidad: esclavitud para los “negros” africanos; diversas formas de trabajo forzado (repartimiento, mita, peonaje) para los indígenas americanos; enganches, para la clase trabajadora europea” (585).⁵ De este modo, mi impresión es que el ensayo “La americanidad como concepto” debe ser entendido no simplemente como genealogía múltiple o manifiesto crítico de un nuevo campo académico de estudios de área, sino como un gesto profundo de provincianización de Europa y de su insidiosa visión de mundo o filosofía de acción, el eurocentrismo. Asimismo, debe ser entendido como un gesto fundacional de reorganización de las raíces y rutas de la modernidad, la globalización y el sistema-mundo capitalista.⁶ Como muchas declaraciones fundadoras, Quijano y Wallerstein otorgaron estatuto fundacional a las Américas mediante la creación de temporalidades geo-sociales y el concepto extranacional de americanidad. Con ello

pretendían enfatizar las formas en que las relaciones jerárquicas establecidas por la colonialidad, el poder, la etnicidad, el racismo y la modernidad científica colonial consiguieron moldear las Américas desde su invención. En consecuencia, la americanidad, para Quijano y Wallerstein, constituyó la construcción “de un gigantesco escudo ideológico al moderno sistema mundial. Estableció una serie de instituciones y maneras de ver el mundo que sostenían el sistema, e inventó todo esto a partir del *crisol americano*” (586. Énfasis añadido NdeA). Para aquellos que enseñamos y escribimos desde programas tradicionalmente orientados a lo nacional, como los Estudios Estadounidenses, los Estudios Étnicos y los Estudios de Latinos en Estados Unidos, la conceptualización de americanidad de Quijano y Wallerstein también nos sirve para ampliar, abrir y extranacionalizar nuestros horizontes colonizados hacia lo interior.

Al despertar de este largo encuentro colonial desarrollado en el marco del “crisol americano” –esto es, en el contexto de cerca de quinientos años de genocidio de pueblos nativos en las Américas; de clasificación hegemónica (e infrahumana) de seres humanos en formaciones etno-raciales traída desde la metrópolis a las colonias en las Américas como un conjunto de reglas para el control laboral; y de un sistema-mundo capitalista emergente en el cual la enorme riqueza metálica colonial de las Américas (oro y plata) fue transferida a “banqueros centroeuropeos y [a] industriales y comerciantes británicos, franceses, holandeses o flamencos” (588)–, Quijano y Wallerstein trabajan para inventar una unidad de análisis diferente (no el tradicional “Estado-nación”) que permita comprender y mapear cognitivamente la vasta maquinaria de modernidad, colonialidad y sistema-mundo de las Américas. Las historias de colonialidad, etnicidad, racismo y novedad en las Américas fueron fundamentales para que Quijano y Wallerstein manejaran el “gigantesco escudo ideológico” de las Américas y explicaran las divergentes historias de distopía y utopía con que la americanidad ha tenido que lidiar durante los últimos cinco siglos. En otras palabras, la noción o teoría de la americanidad de Quijano y Wallerstein (en tanto sistema de conceptos que debe dar una explicación global a un área de conocimiento) emerge junto con lo que ellos llaman “sistema-mundo moderno” y “colonialidad de poder”. Igualmente, la americanidad de Quijano y Wallerstein fue una enmienda fantástica a la historia hegemónica del mundo que borró y silenció una gran parte del planeta –lo que se hizo conocido como el constructo geo-social de

las Américas— porque era un espacio impensable para quienes escribían la historia universal. La creación de las Américas fue, así, el “acto constitutivo” de la colonialidad del poder.⁷

Desde mi perspectiva como investigador y teórico de los Estudios Críticos sobre Estados Unidos (particularmente del campo/imaginario desarrollado desde los nuevos movimientos sociales estudiantiles de Estudios [proto] Chicanos), la premonición pan-andino-estadounidense de Quijano y Wallerstein está ligeramente templada por su dificultad de encontrar una explicación sobre la frontera entre el suroeste de Estados Unidos y México coherente con sus miradas localizadas en la intersección entre americanidad y colonialidad de poder. Aunque las Américas fueron inicialmente hegemónicas por ibéricos y británicos, Wallerstein y Quijano sugieren que ellas se bifurcaron radicalmente en el siglo XIX. Es decir que mientras Norteamérica se desarrollaba y enriquecía sobre una sociedad y una cultura de base protestante (capitalista), América Latina fue subdesarrollada y despojada por Europa y Norteamérica. Pero la frontera entre el suroeste de Estados Unidos y México (de Texas a California) no fue en su totalidad resultado de una sociedad colonial británico-americana, como correctamente afirman sobre la mayor parte de la cultura y la sociedad estadounidenses. Después de todo Estados Unidos se distinguió por seguir la senda del desarrollo protestante, hegemónico la frontera en Texas, Nuevo México, Arizona, Utah y California con los movimientos imperiales propios del Destino Manifiesto. Y, como en los últimos veinticinco años nos han enseñado los historiadores chicanos David Montejano (1987), Ramón Gutiérrez (1991) y Emma Pérez (1991), ¿acaso los conquistadores ibéricos no llevaron también sus conceptos señoriales de colonialidad del poder a Nuevo Santander y a la gran Nueva España? No obstante, responder al proyecto de Quijano y Wallerstein a estas alturas de la historia (diciendo que la colonialidad del poder de la americanidad no se detuvo en el Río Grande), no es el objetivo de este prefacio. Como investigador y teórico social de los Estudios Chicanos, estoy más interesado en impulsar una mirada crítica extranacionalista y post-excepcionalista en el estudio de las Américas —mirada que mi trabajo propone mapear—, que en discutir con las sustantivas afirmaciones socio-temporales y socio-espaciales de Quijano y Wallerstein. En consecuencia, todos mis capítulos incluyen referencias a reconocidos investigadores, tanto latinoamericanistas del Sur Global como neo-americanistas del Norte Global (y vice-versa), y también a aquellos

cuyos marcos teóricos, objetos de estudio e inclinaciones disciplinarias desafían la delimitación histórica de las patrulladas fronteras de los estudios de área.

Ciertamente concuerdo con Quijano y Wallerstein en que las Américas fueron fundadas sobre las diferencias imperiales y las colonialidades de poder que ibéricos y británicos trajeron consigo para crear el gigantesco concepto geo-social de americanidad, como también concuerdo en que hoy, en los albores del siglo XXI, América Latina todavía ocupa un “lugar subordinado” (591) en su relación con Norteamérica y en que Estados Unidos sigue ocupando el lugar primordial. Sin embargo, la diferencia histórica y estructural clave entre América Latina y Estados Unidos en el siglo XIX, y hoy en el siglo XXI, es que América Latina y Estados Unidos son parte (mediante la globalización) de lo que Quijano y Wallerstein (591) premonitoriamente llamaron un *mismo orden mundial*, pues la Americanización de las Américas está alcanzando su plena “maduración”. Se suma a esta integración de las Américas (NAFTA y GATT) un flujo migratorio continuo y masivo desde la Americanidad del Sur a la Americanidad del Norte, según el cual en el siglo XXI los euro-americanos serán una minoría demográfica en Estados Unidos mientras que latinas y latinos en Estados Unidos serán la minoría etno-racial más numerosa, ascendiendo al veinticinco por ciento de la población total. Estos cambios demográficos ocasionarán cambios significativos en el corazón mismo de los debates post-contemporáneos sobre las transformaciones políticas de Estados Unidos, América Latina y el resto del planeta. Contra la intolerancia neoliberal y el chovinismo estadounidense exhibido a lo largo del libro de Samuel Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad estadounidense [Who Are We?: The Challenges to America's National Identity]* (2004), alinee mi trabajo a la utópica integración de las Américas que sugieren Quijano y Wallerstein.

Es esta manera de entender las Américas, mediante el “crisol de la americanidad” —es decir, el crisol de colonialidad, etnicidad, racismo y la reificación del progreso científico—, que me gustaría que el público tuviera en cuenta al leer *Trans-americanidad*, o sea, como parte de un acercamiento inconcluso al trabajo colaborativo Sur global-Norte global de Quijano y Wallerstein. Si bien todos los capítulos comparten los puntos de vista privilegiados del Sur global y la americanidad, y casi todos los capítulos asumen que los campos/imaginarios de los estudios de área

(Estudios Latinoamericanos, Estudios Estadounidenses o Estudios de Latinas/os en Estados Unidos) no pueden ser reducidos a un paradigma único y monotópico, asimismo todos discuten la necesidad de una unidad de análisis mayor que la proporcionada por el Estado-nación. Al situar *Trans-americanidad* en el contexto de las perspectivas colaborativas panandina (Quijano) y estadounidense (Wallerstein), espero que mi libro pueda ser leído en tanto exploración y explotación de una disposición emergente de los Estudios Trans-americanos. ¿Acaso los quinientos años de experiencias distópicas de americanidad en el crisol de colonialidad, etnicidad, racismo y modernidad pueden eventualmente construir sobre lo que Quijano y Wallerstein ven como “utopía de la igualdad social y de la libertad individual” de Estados Unidos y “utopía de la reciprocidad, de la solidaridad social y de la democracia directa” de América Latina?

El prefacio del libro –“Americanidad a contrapelo”– está, asimismo, fuera de las patrulladas fronteras académicas de los estudios de área del Norte global, formando parte del drástico giro trans-americano que busca desplazar pensamiento y acción sociológica, histórica y cultural desde el nivel del Estado-nación hacia los niveles planetarios del sistema-mundo. Existe, entonces, algo de especulativo y de riesgoso en leer, desde las miradas crítica y teórica de académicos, activistas y teóricos sociales del Sur y el Norte (globales) de las Américas, ésta relativamente poco estudiada cuestión de la americanidad –la cual, según creo, no es propiedad intelectual de ningún campo/imaginario nacional específico, sino que parece incumbir de manera directa a la construcción geo-social y temporal de las Américas y la colonialidad del poder. En “La americanidad como concepto”, Wallerstein y Quijano buscaban desmantelar esas siluetas imaginarias de Europa y el eurocentrismo que permanecen profundamente integradas como formas taquigráficas a nuestros hábitos de pensamiento.⁸ Si bien los colonizadores ibéricos y británicos de las Américas pregonaron el humanismo renacentista de la racionalidad científica, la modernidad y la soberanía popular a los colonizados de las Américas, ellos a su vez negaron –según sugieren Quijano y Wallerstein– estos ideales en las tecnologías y prácticas mismas de genocidio, racismo, clasificación social y control laboral. Con su concepto de americanidad y como académicos post-contemporáneos de la colonialidad del poder, Wallerstein y Quijano enfrentan casi por definición los universales –como la figura abstracta del ser humano del Renacimiento o del Eurocentrismo (con su negación

de contemporaneidad)— forjados en el Renacimiento y, más tarde, en la Europa del Renacimiento, y que subrayan el papel de las ciencias humanas y sociales en el sistema-mundo moderno.

Al igual que Quijano y Wallerstein, mi trabajo espera enfatizar el guión de la frase “sistema-mundo (capitalista) moderno”; al hacerlo intento no conceptualizar sistemas del mundo entero, sino hablar de “sistemas, economías e imperios *que son* un mundo (pero posiblemente y de hecho, usualmente, sin ocupar la totalidad del globo)” (Wallerstein 17). Al organizar este libro alrededor de los neologismos críticos “colonialidad”, “americanidad” y las culturas del “Gran México”, he tratado de mostrar que en el análisis interdisciplinario del sistema-mundo y de los emergentes Estudios Estadounidenses post-excepcionalistas, el neologismo “americanidad” conoce sus propios tropiezos con varias zonas de referencia, especialmente con palabras codificadas como “transmodernidad”, desarrollada por el filósofo Enrique Dussel, y “pensamiento fronterizo” (*border thinking*) formulada por el semiólogo de la colonialidad y crítico social Walter Dignolo y la teórica feminista chicana Gloria Anzaldúa. Como se puede ver desde el título del libro, *Trans-americanidad*, aquí no sólo pretendo recuperar material que puede ser etiquetado como “americano” o “colonial”, sino convertir esos adjetivos en sustantivos materiales, conceptos semantizadores, procesos de pensamiento y definiciones de los objetos de mi estudio. Pero este nivel de abstracción no reemplaza el aspecto más directo y político que conduce mi libro. Como sugiero luego, trato de escuchar la voz pequeña de la historia y de desafiar las fantasías estatales y campos/imaginarios del excepcionalismo estadounidense. Tampoco abandono el lenguaje, pues lo considero un asunto particular a la americanidad y a la colonialidad del poder en sus muchas expresiones, sintaxis, gramáticas, formas retóricas y sistemas inventados por escritores imaginativos y teóricos del Sur global.

Claramente, el concepto de americanidad que estoy usando como unidad de análisis mundo-sistémica refleja la inmensa expansión de una (trans)modernidad, unas comunicaciones y una zona de la economía de carácter planetario, las cuales comenzaron con la primera modernidad ibérica y su hegemonía de las Américas, y con el surgimiento de un mercado mundo-sistémico en el horizonte de la primera modernidad (según lo que Dussel viene discutiendo desde la década pasada). Como sugiero, a comienzos del siglo XXI el concepto de americanidad puede

ser reformulado y reposicionado, a partir de la formulación de Quijano y Wallerstein, como proceso post-contemporáneo de dos etapas –la localización de lo global y la globalización de lo local (Robertson 177-78). Incluso, podemos añadir una dosis fuerte de lo negativo (como Teodoro Adorno y Fredric Jameson podrían haber propuesto) al ya distópico sentido de americanidad de Quijano y Wallerstein a fin de definir la americanidad transnacional como “totalidad intotalizable”, lo cual intensifica la relación entre las partes del patrón de poder-colonialidad, poder, etnicidad, racismo y novedad, o progreso científico instrumentalizado.

En síntesis, en *Trans-americanidad* propongo que el espacio geo-social y temporal de la americanidad y la colonialidad del poder nos envuelve en numerosos ejes conceptuales. En un primer nivel, ¿acaso la distópica evaluación de la americanidad de Quijano y Wallerstein (así como de la colonialidad, etnicidad, racismo y control laboral) es un asunto relacionado con la formación planetaria de las muchas formas de dominación existentes?, ¿o en realidad la conceptualización de americanidad es una fuente potencialmente utópica, dialéctica y revolucionaria, además de una redefinición radical de “igualdad”, “libertad”, “reciprocidad” y “democracia directa” en Estados Unidos y América Latina –tal como Wallerstein y Quijano poderosamente proponen al final de su ensayo?

En lo que sigue, enfatizo que los argumentos sobre Estudios Subalternos y la colonialidad del poder en *Trans-americanidad*, son argumentos situados *dentro* de los estudios postcoloniales. Digo esto para enfatizar que ni el Grupo Asiático de Estudios Subalternos, fundado en 1982, ni el Programa extensamente latinoamericanista de Investigación Modernidad/Colonialidad, establecido en 2001, puede ser definido por un único “programa”.⁹ En cambio, los colectivos de Asia del Sur y América Latina son espacios experimentales en los que agendas diversas y proyectos genealógicamente cruzados dialogan entre sí a partir de una preocupación común que es al mismo tiempo política, ética y pedagógica –es decir, lo que Quijano y Wallerstein llaman descolonización como “reconstitución epistemológica”.¹⁰ A lo largo de mi estudio, sigo la sucinta definición de Ranajit Guha de lo subalterno como el “nombre para toda atribución de subordinación [...] ya sea expresada en términos de clase, casta, edad, género y oficio, o de cualquier otra manera” (35). En este espíritu, espero que lo subalterno pueda servir como un significante para una variedad de preocupaciones en mi libro: lo “indecible” en las literaturas Afro-americana,

de Latinos/as en los Estados Unidos, cubana y surasiática; la retórica de la forma en narrativas postcoloniales; y las construcciones de identidades subalternizadas en nuestra cultura y sociedad. Los Estudios Postcoloniales, como los veo, involucran escuchar lo que Guha llama “las pequeñas voces de la historia” (1). Como muchos teóricos minoritarios de Estados Unidos interesados en los Estudios Subalternos y de la colonialidad del poder, estoy interesado en mapear las pequeñas voces de aquellos localizados en una “particularidad subordinada” y en la dificultad de representar al subalterno –como los críticos Gayatri Chakravorti Spivak (1988) y John Beverley (1999) han convincentemente señalado– en nuestros discursos (académicos, literarios y testimoniales).

Específicamente, mi idea para *Trans-americanidad* surgió de un pasaje de la novela postcolonial *Beloved* de Toni Morrison que enseñaba en una de mis clases, donde Sethe, la protagonista, enfrentada a las escalofrantes circunstancias que rodearon su acto de infanticidio, admite a su suegra, Baby Suggs, que toda la situación, con espectrales “voces rodeando la casa”, era “indecible” (235). Estas palabras me llevaron a considerar que la historia de Morrison (basada en una historia real de muerte social, esclavitud e infanticidio) es provocada menos por los “recuerdos” de Sethe que por su propio intento de representar en la narrativa el carácter inefable de lo subordinado.

¿Qué clase de expresión “indecible” de lo subordinado es ésta, y qué clase de forma comprensible provee Morrison para ella (a través de Sethe y la mujer de color de la calle Bluestone 124)? Más adelante en la novela, Morrison vuelve sobre el asunto al escribir: “Los pensamientos de la mujer del 124 [eran] pensamientos indecibles, impronunciables” (235). En el fondo, estas preguntas parecen involucrar no sólo aspectos formales de la narrativa, sino también la empresa total de la literatura postcolonial (subalterna) de intentar dar forma retórica a las muchas expresiones de dominación y subordinación. Sethe no pudo entender el significado de aquella semiótica “indecible” de la dominación estadounidense sin primero mencionar esos “pensamientos indecibles, impronunciables” y mantener, como dice Morrison, “el pasado en el pasado” (51). Esto sólo se podría hacer construyendo una “sintaxis” que permitiera organizar la narración de la historia y establecer conexiones básicas entre las palabras y las cosas. La tarea de Morrison es formular la posibilidad misma de una gramática de lo subalterno mediante la cual el “indecible” trauma individual y colectivo de

su visión pueda ser significativamente comunicado.

En consecuencia, resulta sorprendente que la posibilidad misma de expresión y representación mediante la narración conforme la hipótesis fundamental de gran parte de la literatura minoritaria. Todos los escritores deben, primero, ser autores de un sistema de expresión antes de ser autores de una expresión particular. En su propia alegoría de lectura de la literatura estadounidense icónica contenida en la novela *Jugando en la oscuridad* (1992), publicada después de *Beloved*, Morrison expresa esta idea de la siguiente manera: “La habilidad de los escritores de imaginar lo que está más allá de ellos mismos, de familiarizar lo extraño y de mistificar lo familiar, es la prueba máxima de su poder” (15). También Gloria Anzaldúa expresa esta idea de escritura sistémica en términos similares en *Borderlands/La Frontera* (1987): “Mirando este libro que casi termino de escribir, veo emerger un mosaico [México], un patrón de tejido, delgado por aquí, grueso por allá. Veo una preocupación por la estructura profunda, la estructura subyacente... que es tierra roja, tierra negra” (88).

Mi libro analiza las hipótesis y teorías detrás de afirmaciones como las de Morrison y Anzaldúa (entre otros) con el fin de examinar los procesos mediante los cuales escritores y pensadores trans-americanos, de frontera y de la diáspora surasiática establecen gramáticas y sintaxis apropiadas a la expresión de sus significados particulares. Siguiendo a post-estructuralistas y postcolonialistas como Paul de Man, Judith Butler y Ranajit Guha, he acuñado estos procesos como la creación de forma retórica. Así, este trabajo investiga las condiciones posibilitadoras de la narrativa (novelas, memorias, testimonios) de escritores postcoloniales subalternos, y las varias maneras en que sus historias de colonialidad global del poder buscan crear una base epistemológica sobre la cual construir versiones coherentes del mundo.

El presente libro comprende cuidadosas lecturas de una serie de textos trans-americanos y surasiáticos de los siglos XIX, XX y XXI, escritos por José Martí, Miguel Barnet y Esteban Montejo, Gloria Anzaldúa, Víctor Martínez, Toni Morrison, Gabriel García Márquez, Arundhati Roy y Sandra Cisneros, entre otros. Está dividido en ocho capítulos. Los primeros capítulos, publicados originalmente en *American Literary History* y como la introducción a la versión en inglés del icónico libro de Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad (Divergent Modernities, 2001)*, están dedicados a re-contextualizar cultural e históricamente los ensayos y crónicas de José Martí (*Escenas norteamericanas*) y a realizar

una lectura descolonial de dos memorias/testimonios sobre la Guerra de independencia cubana (1895-1898): *Biografía de un cimarrón* de Miguel Barnet y Esteban Montejo, y *Los Rough Riders* de Teodoro Roosevelt. Otros capítulos consisten en una detallada lectura de *Borderlands/La Frontera* de Gloria Anzaldúa, *El loro en el horno* de Víctor Martínez, *Sula* y *Beloved* de Toni Morrison, *El general en su laberinto* de Gabriel García Márquez, *El dios de las pequeñas cosas* de Arundhati Roy, y *La casa en Mango Street* y *Caramelo o puro cuento* de Sandra Cisneros. Este libro es una continuación de mis trabajos previos sobre transculturación de la novela interamericana (*Dialéctica de Nuestra América [Dialectics of Our America]*, 1999) y sobre la cultura y literatura de las fronteras del Gran México (*La frontera importa [Border Matters]*, 1997).

El primer capítulo, “Cuestionando raza, colonialidad y casta en *Borderlands/La Frontera*, de Gloria Anzaldúa; *El loro en el horno: mi vida*, de Víctor Martínez; y *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy”, es un estudio de la interacción entre las epistemologías performativas de la frontera de dos premiados escritores chicanos y los cambiantes discursos subalternos de las literaturas y culturas vernáculas estadounidenses. *Borderlands/La Frontera* de Gloria Anzaldúa y *El loro en el horno* de Víctor Martínez exploran la mezcla de lenguas dominantes y étnicas (inglés, español y espanglish) para ilustrar las variaciones lingüísticas en Estados Unidos. ¿Qué variedades vernáculas de inglés o español predominarán en las Américas durante el siglo XXI? ¿Qué tipo de *lingua rustica* hegemonizarán los cerca de 30 millones de latinos y latinas que viven en Estados Unidos (con casi 10 millones en California), en sus testimonios, novelas, poesía y ensayos? ¿Qué nuevos géneros literarios surgirán de la literatura postcolonial estadounidense? Si Anzaldúa ve la estructura estética (subalternizada) del conocimiento como una forma de lo que ella llama “nepantlismo”, palabra mexicana que significa liminalidad cultural, Martínez advoca en su novela por una lectura retórica basada en la cultura juvenil mediatizada por nuevas tecnologías. Lo que Anzaldúa propone en *Borderlands/La Frontera* es que debemos buscar el lugar, nepantla (tanto físico como teórico), desde el cual una determinada gramática está siendo articulada. ¿Cuáles son los deseos, intereses y políticas de cuestionamiento intelectual presentes en una obra de arte o en un discurso político? Concluyo el primer capítulo señalando que las complejas identidades y parentescos surasiáticos están en el centro de *El dios de las pequeñas cosas*, de Arundhati Roy. Crucial

a la novela, según sugiero, es una visión de continuidad entre conocer el mundo por la experiencia y la lucha, y cambiar las relaciones centrales de lo que llamo (siguiendo a Quijano y Guha) colonialidad global del poder,¹¹ la cual sostiene y convierte al mundo en lo que es. Los personajes subalternos de la novela de Roy, especialmente mujeres, campesinos y niños, desafían los vínculos de parentesco y casta a fin de condenar las matanzas cotidianas ocurridas en Kerala. De este modo desafían a los dioses de dominación y parentesco, y recuerdan lo que ellos sienten y comparten con su dios de las pequeñas cosas.

En el segundo capítulo, “Localidades migratorias: la modernidad subalterna y la crítica cultural trans-americana de José Martí”, me centro en preguntas como: ¿de qué manera conceptualizar al sujeto migratorio al mismo tiempo como revolucionario y antimilitarista, como latinoamericano y estadounidense, en el contexto de una política interamericana de localización?, ¿cuáles son los límites de nuestras nociones modernas de ciudadanía, identidad y residencia para intelectuales envueltos en procesos intensos de desterritorialización?, ¿de qué manera la residencia de José Martí en Nueva York genera una “gramática” compuesta de (extra-)nacionalismo y prácticas discursivas modernistas locales? Las reflexiones de Martí sobre culturas subalternas en las Américas tomó diversas formas en sus híbridas y experimentales crónicas de *Escenas norteamericanas*. Como inmigrado al ajeno ambiente angloamericano, a menudo Martí asumió el rol de antropólogo cultural dedicado a lo que James Clifford y George Marcus (1986) llaman producción de “cultura escrita”. Según señalo, las crónicas modernas, prólogos y ensayos compuestos por Martí tematizan, entre otras cosas, rituales extraños, ceremonias y prácticas cotidianas del país anfitrión. En pocas palabras, enfatizo lo que llamo “modernidad subalterna” de Martí. Su resistencia a la racionalidad moderna de los letrados ilustrados, así como a la comodificación y racialización de la cultura de masas estadounidense, puede también ser etiquetada como el diferencial martiano –en la necesidad de una crítica cultural–, diferencial apropiado para la estética de una modernidad desigual.

En el tercer capítulo, “La Guerra de 1898 de soslayo: Teodoro Roosevelt *versus* Miguel Barnet y Esteban Montejo”, coloqué la memoria hegemónica de Roosevelt *Los Rough Riders* (1999 [1899]) a contrapelo de la novela testimonial cubana *Biografía de un cimarrón* (1966) de Miguel Barnet y Esteban Montejo con el fin de expandir la expresión

“Estudios Subalternos”. Aquí señalo que los textos de Roosevelt, Barnet y Montejo están intensamente involucrados en una lucha de dominación y subordinación de la historia de la Guerra de independencia cubana, preguntando: ¿quién escribe o cuenta la historia del subordinado? En el caso de la pregunta de los cubanos Barnet y Montejo, resuena en ésta una respuesta al lápiz de Roosevelt. ¿Acaso la conquista de Cuba por parte de Roosevelt y Estados Unidos en 1898 los faculta a imponer sobre los conquistados un pasado escrito desde la perspectiva metropolitana? ¿Puede la guerra funcionar como una semiótica imperial? ¿Acaso la pistola de Roosevelt le confiere también derecho de conquista a su lápiz?

El cuarto capítulo, “En busca del ‘Elvis mexicano’: *La frontera importa*, americanidad y pensamiento céntrico post-estatal”, comienza justo donde dejé mi libro *La frontera importa* a fin de apuntar a los límites del pensamiento céntrico estatal en muchos de los Estudios Culturales estadounidenses post-contemporáneos. Aquí tomo dos ejemplos chicanos –la novela *El día milagroso de Amalia Gómez* (1992) de John Rechy y las actuaciones y canciones del Elvis mexicano, El Vez– para ilustrar un importante giro que ha estado ocurriendo en su producción cultural. Lo que ha estado ocurriendo, según sugiero (y que haríamos bien en registrar), es la creación de artefactos culturales que, por reflejar la incorporación del sujeto subalterno en una variedad de discursos culturales y prácticas materiales producidos por flujos del capital global, son pensados más allá del estado. Al describir estos trabajos como participantes de una especie de “epistemología de frontera”, sugiero que autores y artistas minoritarios de Estados Unidos, como Rechy y El Vez, están creando un saber subalterno que desafía, desde abajo, la supuesta homogeneidad y demarcación insondable de la esfera pública estadounidense. Pero también pretendo sugerir otro punto polémico a una audiencia que de cierta forma se siente más cómoda en los Estudios Culturales y la Literatura de cuño chicano. Al anotar y describir los diversos discursos culturales significados en la novela de Rechy y las actuaciones de El Vez, apunto a los límites de los Estudios Culturales Chicanos que por sus categorías de análisis adhieren demasiado estrechamente a la imaginada nación chicana. Al rechazar categorías geográficas, culturales y nacionales que nos han sido dadas por investigadores anteriores, y al prestar atención a las influencias artísticas, culturales y políticas que no respetan fronteras nacionales (o nacionalistas), busco apuntar a un tipo de Estudios Culturales de carácter trans-americano

e incluso global que se ocupen de los múltiples niveles de producción cultural y crítica que circulan en el nuevo mercado global.

Algunos de los pensamientos que forman el capítulo 5, sobre el libro *El canario del minero: reclutando la raza, resistiendo el poder, transformando la democracia* (2002) de los teóricos de la raza Lani Guinier y Gerald Torres, fueron reunidos por primera vez en un seminario de post-grado sobre Estudios Culturales y estructura social que enseñé hace un tiempo con el sociólogo Michael Omi en la Universidad de California, Berkeley. En la discusión sobre *El canario del minero*, yo conté que como estudiante de literatura en Yale conocí a Gerald Torres, quien por entonces terminaba su carrera en la Escuela de Derecho de Yale, y colaboré con él en una revista literaria experimental escrita en *spanGLISH*. Cuando preparaba el capítulo 5, titulado “Surrealismo en la democracia estadounidense: raza política, realismo transmoderno y *El canario del minero*”, me vinieron recuerdos de mis discusiones con Torres sobre cómo abordar los problemas de la multicultural chicana y el mestizaje desde una perspectiva diferente, sobre la “vida nuda” y las estructuras de la ley y la violencia, así como sobre las distintas maneras en que leíamos nuestros escritores imaginativos favoritos del Sur Global, como Gabriel García Márquez y Toni Morrison. Al recordar las evasivas opiniones que Torres y yo escuchamos años atrás, en las hostiles calles de New Haven, sobre la multicultural chicana, mis estudiantes de post-grado tendieron a discrepar de mi lectura literaria (figurativa) sobre este libro legal y activista –por ejemplo, de mis ideas sobre la aproximación distópica y melancólica de Torres al mestizaje y sobre su fe utópica en lo real maravilloso y el realismo mágico.¹² En el contraste entre mi lectura y la de mis estudiantes, veo que todavía ahora el libro de Guinier y Torres sobre raza política me interesa muchísimo.

En el capítulo 6, “Orígenes extranacionales de la literatura chicana: las rutas de Américo Paredes en el Asia-Pacífico y las raíces de Rolando Hinojosa en Casa de las Américas”, propongo que las colaboraciones periodísticas de Américo Paredes para la publicación *Estrellas y franjas del Pacífico*, escritas en Japón durante la Segunda Guerra Mundial, anticipan el tema de la colonialidad y la modernidad globales de sus escritos maduros sobre corridos o baladas de conflicto intercultural. Además, señalo que necesitamos reexaminar este terreno literario y periodístico de carácter extranacional, que investigadores de la frontera México-estadounidense están recién comenzando a considerar, para entender los textos literarios

y culturales icónicos de Paredes como *“Con su pistola en la mano”: un corrido fronterizo y su héroe* (1958) y *George Washington Gómez: una novela mexicotejana* (1990). Con la icónica novela de Rolando Hinojosa, *Klail City y sus alrededores* (1976), retorno al terreno literario e ideológico de este texto del Sur de Tejas, ganador del prestigioso premio cubano “Casa de las Américas”, que describí en mi trabajo anterior (por la vía de las dialécticas de la Escuela de Calibán de Roberto Fernández Retamar). Pero *Klail City y sus alrededores* se vincula más directamente con la cultura vernácula cubana (vía raíces de la estética vernácula cubana del *choteo*) de lo que pude notar al principio. No fue sino hasta que visité Cuba en 1997, como juez de la primera versión del Premio Extraordinario a la Literatura Latina, que pude mejorar mi comprensión de la historia del choteo cubano y comenzar a formular su impacto en las novelas de Hinojosa sobre el Gran México. En vez de ver a Paredes e Hinojosa como escritores pertenecientes exclusivamente al Sur de Tejas, propongo tomar un camino alternativo e intentar leer las raíces y rutas de Cuba y el Asia-Pacífico que han ayudado a formar a estos grandes escritores minoritarios.

En el capítulo 7, “Transnacionalismo bajo escrutinio: *La casa en Mango Street* y *Caramelo, o puro cuento* de Sandra Cisneros”, señalo que el “Descargo”, o prólogo de *Caramelo, o puro cuento* (2003), alegoriza cómo el acto metafórico involucra la represión de sí mismo. Los conceptos generados por los retazos figurativos del rebozo caramelo, ocultan (mediante la metáfora) sus orígenes y se presentan a sí mismos como lenguaje literal. Lo metafórico y lo literal en *Caramelo, o puro cuento*, sin embargo, forman parte del mismo proceso según el cual la familia Reyes hace uso de lo que el narrador llama “mentiras saludables”. En seguida, este proceso genera en la novela una variedad de “puros cuentos” e ilusiones, además de placeres y dolores. Pero como Jorge Luis Borges antes que ella, Cisneros alude en su “Descargo” a los principios dominantes que regulan no sólo el desarrollo de su propia ficción transnacional, sino también al género mismo de la novela.¹³ Y junto con el texto del “Descargo”, también argumento que *Caramelo, o puro cuento* ofrece a los lectores una serie de discusiones literarias, sobre cultura mediatizada, comentarios e incluso pies de página académicos sobre algunos íconos del Gran México, como Raquel Welch (nacida Raquel Tejada); la película *Viva Zapata*, de Elia Kazán; el libro de cómics *La familia Burrón*, de Gabriel Vargas; y la joven vedette chicana Yolanda Montez, salida directamente de Oakland, California, para

transformarse en la “Tongolele”, ícono étnico de las películas mexicanas. Pese a su diversidad, estos íconos se encuentran en una ruta común: el definir lo que el narrador denomina “invención” de un lenguaje ejemplar para la novela del Gran México.

Esta preocupación con el lenguaje fronterizo del Gran México muestra el retrato de una artista chicana feminista profundamente asentada en las ideologías filosóficas y estéticas de su tiempo. De hecho, uno puede agregar que las dimensiones intersubjetivas y espacio-temporales exploradas por la novela transnacional también están representadas en *Caramelo, o puro cuento*. A medida que Celaya narra la melancolía y el melodrama racial de su “awful” abuela, relacionados con los placeres y dolores de vivir los ideales del romance tradicional mexicano, ella también revela las condiciones en que el potencial del lenguaje figurativo del Gran México puede ser significativo, esto es, necesita ser materializado. Comenzando mi lectura retórica de *Caramelo, o puro cuento*, sugiero que pueden hallarse nuevas perspectivas en el uso que hace Cisneros de la lengua figurativa del Gran México al leer ciertas instancias de esta novela transnacional donde la verdad y las “mentiras saludables” de la literatura –y, más ampliamente, donde la disfuncionalidad misma del lenguaje– son dramatizadas para nosotros. Si le prestamos atención al “Descargo” y a las metáforas recurrentes de los discursos sobre la naturaleza del “lenguaje literario apropiado” del Gran México, podemos comenzar a reconocer las características y aplicaciones del modelo hermenéutico que *Caramelo, o puro cuento* construye para crear su propia lectura apropiada.

En el apéndice, incluyo una conversación cultural trans-americana de carácter experimental con la académica y periodista chilena Mónica González García, titulada “Las fronteras del imperio: límites y limitaciones de la geografía, la ideología y las disciplinas (Saldívar sobre Saldívar)”. La extensa conversación cubre las coordenadas principales del mapa continental, contexto que me permite sugerir que los escritores y escritoras imaginativas chicanas pertenecen por igual a las dialécticas de las Américas –es decir, a las dialécticas del Norte Global y el Sur Global. Esta conversación cultural intenta, asimismo, abarcar el mapa cognitivo e intelectual de la americanidad, tocando una variedad de temas que incluyen los bordes de la historia imperial de Estados Unidos; el rol de la institución cubana Casa de las Américas en la modificación de las geopolíticas del conocimiento; las recientes protestas contra las leyes estadounidenses de inmigración;

la película *Los sueños de Angélica* (2007), de Rodrigo Dorfman, sobre inmigrantes mexicanos en Carolina del Norte; y el drama *Fukú Americanus* (2009), estrenado en San Francisco y basado en la novela ganadora del premio Pulitzer *La maravillosa vida breve de Óscar Wao* (2007), de Junot Díaz.

He elaborado este escenario teórico sobre la americanidad a fin de proponer caminos que nos permitan dejar atrás la mirada nacionalista de los Estudios Estadounidenses y acercarnos a una perspectiva extranacional, comparativa y crítica de los Estudios sobre Estados Unidos. He acudido no sólo a la invención de la americanidad por parte de Quijano y Wallerstein para articular esta reflexión, sino también a diversos otros académicos interculturales y transdisciplinarios que han entendido el funcionamiento de lo extranacional desde dentro de la circunscripción de los estudios comparativos e interculturales sobre diásporas y fronteras. Para quienes están familiarizados con mi trabajo en Estudios Chicanos, no debería sorprender que considere más prometedor y más políticamente urgente el estudio de la americanidad y sus literaturas e interculturales, que el estudio de los imaginarios tradicionales de disciplinas como Literatura Comparada o Historia Comparada, organizadas a partir de límites nacionales (eurocéntricos). Ninguna taxonomía disciplinaria, por supuesto, está libre de defectos, pero coincido con el trabajo reciente de los académicos del círculo del Atlántico (negro) —como Joseph Roach, Ian Baucom, Marcus Rediker y Paul Gilroy—, y también con el de académicos planetarios y de tierra firme (trans-americanos) que trabajan en el Sur Global —como Kirsten Silva-Gruesz, Gayatri Chakravorty Spivak, Wai-Chi Dimock y Anna Brickhouse, entre otros—, en que las profundas divisiones hegemónicas dentro de los Estudios Estadounidenses, y entre los Estudios sobre Estados Unidos y los Estudios Británicos, han reducido según Roach (1996) las ricas “relaciones históricas a una forma particularmente odiosa” (183). Algunas de estas zonas interculturales de contacto, según enfatizo y utilizo en distintos momentos de este libro, son notablemente oceánicas del espectral círculo Atlántico, como el Pacífico afro-asiático, en tanto otras son geo-tópicas y de tierra firme, como el Sur Global, las Otras Asias, el Islám hemisférico y el Gran México.¹⁴ Según sugiero, estos recientes análisis de las formaciones geo-culturales del planeta no sólo abren un núcleo aislado o una zona periférica intercultural, sino que nos ayudan a reorganizar de manera radical nuestras formas de pensar las interacciones

y dialécticas entre producciones performativas interculturales. Al poner en primer plano el trabajo comparativo de Wallerstein y Quijano sobre la americanidad, mi libro busca combinar aportes de trabajos oceánicos del círculo del Atlántico y de trabajos trans-americanos de tierra firme; es decir, análisis tanto temporales como espaciales para repensar lo extranacional como estrategia disciplinaria y modelo crítico. Como Wallerstein y Quijano, estoy entonces interesado en las consecuencias de ampliar las estructuras comparativas (tradicionales) de los “Estudios Estadounidenses” –tanto sus disciplinas y métodos, como sus objetivos de estudio; tanto sus unidades regionales y nacionales, como sus contra-unidades diaspóricas y limítrofes. ¿De qué manera las diversas expresiones espacio-temporales de la americanidad ofrecen una manera de pensar “a contrapelo” en los nuevos estudios comparativos y post-excepcionales sobre Estados Unidos? ¿Qué significa considerar la americanidad como una conjunción espacial y temporal?

Al reunir los varios zigzags de estas zonas de contacto extranacional proporcionados por los estudios de caso en los libros de Anzaldúa, Roy, Martí, Morrison, Paredes, García Márquez, Ramos, Dorfman, Cisneros y Díaz (entre otros), espero proponer una manera alternativa de pensar más allá de lo que Benedict Anderson (1998) llama “el espectro de las comparaciones” para, así, confrontar y conectar los trabajos de Martí, Anderson, Spivak, Wallerstein y Quijano. Mi enfoque en lo “comparativo” como estrategia para el estudio de Estados Unidos, América Latina, el hemisferio y más allá, apunta no al familiar modelo de literatura o historia comparada sino, en cambio, a una estructura de comparabilidad basada en lo que Wallerstein y Quijano llaman matriz “espacio-temporal” de la americanidad. Estoy usando la idea de “comparabilidad” en *Trans-americanidad* con el fin de averiguar cómo la comparabilidad también implica una teoría del espacio y el tiempo que reconoce la densidad del presente coyuntural –donde temporalidades múltiples existen simultáneamente dentro y a través del mismo lugar planetario, o coexisten como temporalidades desiguales y subalternas.

Notas

1. Para sugerir una matriz espacio temporal y una aproximación transmodernista a los estudios críticos estadounidenses, utilizo dos conceptos que requieren cierta explicación. Tomo prestado el término “extranacional” (“*outernational*”) de Simon

Emerson y el DJ británico Phil Meadley, fundadores del dúo afro-celta *The Outernationalists*, cuyo nombre hace referencia al sonido planetario que cultivan llevándolo a límites extremos de experimentación, con una mezcla de sonidos africanos, árabes y latinoamericanos. Otro término recurrente a lo largo del libro es “post-contemporáneo”, con el cual aludo al pensamiento post-contemporáneo que localiza el presente en una matriz histórica transmodernista, reconociendo que a menudo lo contemporáneo se diluye en el aire. El presente está siempre ante nosotros.

2. “Con el concepto campo-imaginario”, escribe Pease, “busco designar una localización para el inconsciente disciplinario [...] Éste acata tácitamente la sintaxis fundamental del campo –sus presunciones, convicciones, palabras principales y las relaciones altamente connotadas que las mantienen unidas” (“New Americanists” 11-12). En *El Nuevo Excepcionalismo Estadounidense* (*The New American* 19), Pease expone el campo-imaginario usado por americanistas de línea oficial como algo que vacía y separa la dimensión cultural de la dimensión política. Los “nuevos americanistas”, en contraposición a la “vieja” línea y a los americanistas hegemónicos, dice Pease, “insisten en la literatura como una agencia ubicada dentro del mundo político y, en consecuencia, vulneran la presuposición fundamental” de la imaginación liberal de línea oficial. En *Cultures of U.S. Imperialism* (*Las Culturas del Imperialismo Estadounidense* 1993), Pease y Amy Kaplan intentan imaginar una alternativa a las categorías y grandes narrativas sobre América producidas desde el campo-imaginario hegemónico, mediante la interrogación de la formación de las fronteras nacionales en un contexto transnacional –es decir, en el nombre del anti-imperialismo. *El Nuevo Excepcionalismo Estadounidense* desconstruye las meta-narrativas de Ronald Reagan, George W. Bush y Barack Obama de Estados Unidos como estado de excepción después del 11 de septiembre del 2001, y utiliza las diversas formas en que los Nuevos Americanistas vinculan sus prácticas con los nuevos movimientos de emancipación social. El trabajo de Pease se ha ocupado durante dos décadas de las rupturas irreconciliables dentro de la cultura política estadounidense, abiertas durante la transición desde el fin de la Guerra Fría hasta la inauguración de la guerra global contra el terrorismo.

3. Según Wallerstein, el análisis del sistema-mundo emerge de teorizaciones previas en ciencias sociales, como el concepto relacional “centro-periferia”. El posterior triunfo de la Revolución Cubana inspiró la “teoría de la dependencia” para entender la localización de América Latina en el mundo y deducir que el continente no necesitaba pasar por una fase de revolución burguesa para llegar a la revolución proletaria. Asimismo, el análisis del sistema-mundo se pregunta qué unidad de análisis es más apropiada –la nación o el mundo– para entender lo que se ha llamado Primer Mundo, Segundo Mundo y Tercer Mundo. Wallerstein sintetiza la teoría del sistema-mundo como un intento de “combinar coherentemente la preocupación por la unidad de análisis, con la preocupación

por las temporalidades sociales [al igual que el *longue durée* de Fernand Braudel], y con la preocupación por las barreras que han sido creadas entre las diferentes disciplinas de las ciencias sociales” (16).

4. Para la colonialidad del poder de Quijano, ver Lao-Montes 1-52.

5. Marcus Rediker define raza y colonialidad a partir de términos y procesos similares a los usados por Wallerstein y Quijano: “Al producir trabajadores para la plantación, el navío-fábrica también producía ‘raza’. Al inicio del viaje, los capitanes contrataban una diversa tripulación que, en las costas de África, se convertiría en ‘hombres blancos’. En el Pasaje Medio, los capitanes cargaban a bordo una multiétnica colección de africanos, quienes en los puertos de América se transformarían en ‘gente negra’ o ‘raza negra’. El viaje, de este modo, transformaba a quienes lo emprendían. Guerra, prisión y la producción industrial de raza y fuerza de trabajo, todo ello dependía de la violencia... El tráfico continuó por muchos años de manera ilegal, pero un momento decisivo en la historia de la humanidad estaba llegando. La abolición junto con el profundo evento coetáneo de la Revolución Haitiana, marcaron el principio del fin de la esclavitud” (10), pero no de la colonialidad del poder ni de la invención de la americanidad.

6. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos comenzó a desarrollar los estudios de área como una nueva categoría disciplinaria para agrupar el trabajo intelectual y las culturas académicas con el fin de llevarlas a “viajar” a otras partes del mundo. La idea básica era clara: el área debía estar formada por una extensa zona territorial con una supuesta coherencia cultural, histórica y lingüística, como la Unión Soviética, China, América Latina, el Sur de Asia y, posteriormente, Estados Unidos. Debido a su rol hegemónico después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos necesitaba conocimiento sobre –y, en consecuencia, especialistas en– el más reciente desarrollo de la dupla conocimiento/poder sobre estas regiones. Ver Wallerstein et al. 1996; Chakrabarty 2000.

7. Ver O’Gorman 1958; Rabasa 1993.

8. Para Johannes Fabián 1983, la “negación de contemporaneidad” es resultado de la relocalización que el eurocentrismo hizo de las personas en una jerarquía cronológica y no en una jerarquía geográfica. Para Mignolo, la idea de Fabián sobre la “negación de contemporaneidad” encuentra “su formulación más sistemática en la *Filosofía de la Historia* de Hegel (1822), la cual permaneció virtualmente “incontestada” por teóricos sociales críticos “hasta los últimos cincuenta años, cuando intelectuales involucrados con movimientos de liberación y descolonización ejercieron presión sobre estas presunciones” (283) sobre la relocalización de personas, lenguajes y conocimientos en una variable temporal y no en una espacial.

9. Para conocer interesantes historias sobre el Grupo de Estudios Subalternos del Sur de Asia y el Proyecto de Investigación latinoamericanista Modernidad/Colonialidad, ver Guha 1996, 1-8; Mignolo 2001, 424-444.

10. Sin el trabajo del Proyecto Modernidad/Colonialidad, la narrativa y argumento de este libro habría sido mucho más pobre. Aunque ocasionalmente me imaginé como el único miembro “disidente” (como único representante de los Estudios Chicanos y los Estudios Estadounidenses Críticos), agradezco al icónico colectivo de investigación por permitirme participar en sus enriquecedoras reuniones y discusiones. Miembros participantes del colectivo, con quienes me he reunidos en los últimos cinco años, son Walter Mignolo (EE. UU.), Aníbal Quijano (Perú), Enrique Dussel (Argentina y México), Boaventura de Sousa Santos (Portugal), Catherine Walsh (Ecuador), Libia Grueso (Colombia), Edgardo Lander (Venezuela), Fernando Coronil (Venezuela y EE. UU.), Javier Sanjinés (Bolivia y EE. UU.), Arturo Escobar (Colombia y EE. UU.), Margarita Cervantes-Zalazar (Cuba y EE. UU.), Santiago Castro-Gómez (Colombia), Óscar Guardiola (Colombia), Ramón Grosfoguel (Puerto Rico y EE. UU.), Agustín Lao-Montes (Puerto Rico y EE. UU.) y Nelson Maldonado-Torres (Puerto Rico y EE. UU.). Ver Quijano 2007, 168-178.

11. Quijano señala que la “colonialidad del poder” fue conjurada “en América [y América Latina] y Europa Occidental en conjunto con la categoría social de ‘raza’ como elemento clave de la división social entre colonizador y colonizado. A diferencia de otras experiencias previas de colonialismo, la vieja idea de la superioridad del dominante y la inferioridad del dominado bajo el colonialismo europeo mutaron en una relación biológica [biopolítica] y estructural entre superior e inferior” (171). “El proceso de Eurocentricación del nuevo mundo”, explica Quijano, “dio lugar a la imposición a escala global del criterio ‘racial’ de clasificación social de la población mundial. Así, en primer lugar, nuevas identidades sociales fueron producidas en todo el mundo: ‘blancos’, ‘indios’, ‘negros’, ‘amarillos’, ‘pardos’, usando el aspecto fisionómico de los pueblos como manifestaciones externas de su naturaleza ‘racial’. Luego, sobre esta base, fueron producidas nuevas identidades geoculturales: europeo, americano, asiático, africano y, mucho después, oceánico” (171).

12. El realismo mágico se refiere a menudo a un género de realismo “extra-grande” asociado con la nueva narrativa latinoamericana y los escritores Alejo Carpentier y Gabriel García Márquez, y con escritores del Sur de Asia como Salman Rushdie. Mientras el término “realismo mágico” puede ser atribuido a Franz Roh (1995) en su introducción a la pintura post-expresionista de 1925, los críticos post-coloniales Ato Quayson y William Childers han visto recientemente una actitud peculiarmente “mágico-idealista” ante la realidad fenomenal presente en el género español medieval de la “novela de caballería” y que se manifiesta luego en el *Quijote* de Cervantes (Childers 2006, parte 2; Quayson 2006).

13. La noción de la novela como un género proteico ha sido propuesta por Michael Holquist 1977 y Walter Reed 1981. La idea que la “novedad” de las novelas deriva de su impulso por transcribir las tensiones dialécticas entre los

significados de los pronunciamientos humanos, proviene en parte de la magistral obra de Mikhail M. Bakhtin, *La Imaginación Dialógica* (1981).

14. Ver Adams 2009; Anderson 1998; Baucom 2005; Brickhouse 2004; Dimock 2009; Roach 1996; Gilroy 1993; Gruesz 2001; Levander y Levine 2008; Rediker 2007; Roach 1996; Sollors 198; Spivak 2007; Walcott 1986. Los ricos estudios de adaptación comparativa de Susan Gilman y su zigzagante ensayo sobre las lecturas comparativas de Martí y Fernández Retamar del libro de Helen Hung Jackson *Ramona* y el libro de Harriet Beecher Stowe *La Cabaña del Tío Tom*, me iluminaron acerca de que los estudios estadounidenses post-excepcionalistas no necesitan mezclar la retórica de la temporalidad con las muchas expresiones coloquiales sobre tiempo (ver Gilman 2008).

Obras citadas:

- Adams, Rachel. *Continental Divides: Remapping the Cultures of North America*. Chicago: University of Chicago Press, 2009.
- Adorno, Theodor. *Negative Dialectics*. Trans. E. B. Ashton. New York: Seabury, 1975.
- Anderson, Benedict. *Specters of Comparison: Nationalism, Southeast Asia, and the World*. New York: Verso, 1998.
- Anzaldúa, Gloria. *Borderlands/La Frontera: La Nueva Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute, 1987.
- Bakhtin, Mikhail M. *The Dialogic Imagination: Four Essays*. Ed. Michael Holquist. Austin: University of Texas Press, 1981.
- Barnet, Miguel & Esteban Montejo. *Biografía de un cimarrón*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1966.
- Baucom, Ian. *Specters of the Atlantic: Finance Capital, Slavery and the Philosophy of History*. Durham: Duke University Press, 2005.
- Beverly, John. *Subalternity and Representation: Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 1999.
- Brickhouse, Anna. *Transamerican Literary Relations and the Nineteenth Century Public Sphere*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Chakrabarti, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Childers, William. *Transnational Cervantes*. Toronto: University of Toronto Press, 2007.
- Cisneros, Sandra. *La casa en Mango Street*. Nueva York: Vintage Español, 2009.
- _____. *Caramelo, or Puro Cuento*. New York: Vintage, 2003.

- Clifford, James & George B. Marcus. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- Díaz, Junot. *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*. New York: Riverhead, 2007.
- Dimock, Wai Chee. "Hemispheric Islam: Continents and Centuries for American Literature". *American Literary History* 21, No. 1 (Spring 2009): 28-52.
- Dorfman, Rodrigo. *Los sueños de Angélica*. Durham: Melloweb, 2007.
- Fabian, Johannes. *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*. New York: Columbia University Press, 1983.
- García Márquez, Gabriel. *The General in His Labyrinth*. Trans. Edith Grossman. New York: Alfred A. Knopf, 1990.
- Gilman, Susan. "Otra vez Calibán/Encore Caliban: Adaptation, Translation, American/World Literature". *American Literary History* (February 2008): 187-209.
- Gilroy, Paul. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge: Harvard University Press, 1993.
- Gruesz, Kirsten Silva. *Ambassadors of Culture: The Transamerican Origins of Latino Writing*. Princeton: Princeton University Press, 2002.
- Guha, Ranajit. "Preface". *Selected Subaltern Studies*. Eds. Ranajit Guha & Gayatri Spivak. New York: Oxford University Press, 1998. 3-35.
- _____. "The Small Voice of History". *Subaltern Studies* 9 (1996): 1-8.
- Guinier, Lani & Gerald Torres. *The Miner's Canary: Enlisting Race, Resisting Power, Transforming Democracy*. Cambridge: Harvard University Press, 2002.
- Gutiérrez, Ramón. *When Jesus Came, the Corn Mothers Went Away: Marriage, Sexuality, and Power in New Mexico, 1500-1846*. Stanford: Stanford University Press, 1991.
- Hinojosa, Rolando. *Klail City y sus alrededores*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas, 1976.
- Holquist, Michael. *Dostoevsky and the Novel*. Princeton: Princeton University Press, 1977.
- Huntington, Samuel. *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*. New York: Simon and Schuster, 2004.
- Jameson, Fredric. *Postmodernism, or, The Logic of Late Capitalism*. Durham: Duke University Press, 1991.
- Kaplan, Amy & Donald E. Pease, eds. *Cultures of United States Imperialism*. Durham: Duke University Press, 1993.
- Lao-Montes, Agustín. "Introduction". *Mambo Montage: the Latinization of New York City*, eds. Agustín Lao-Montes & Arlene Dávila. New York: Columbia University Press, 2003.

- Levander, Caroline & Robert Levine. *Hemispheric American Studies: Essays beyond the Nation*. New Brunswick: Rutgers University Press, 2008.
- Martí, José. *Obras completas*. 26 vols. La Habana: Centro de Estudios Martianos, 2001.
- Martínez, Víctor. *Parrot in the Oven: Mi Vida*. New York: Joanna Cotler, 1996.
- Mignolo, Walter. *The Idea of Latin America*. Oxford: Blackwell, 2005.
- _____. "Coloniality of Power and Subalternity". *The Latin American Subaltern Studies Reader*. Ed. Ileana Rodríguez. Durham: Duke University Press, 2001. 424-44.
- _____. *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Montejano, David. *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press, 1987.
- Morrison, Tony. *Sula*. New York: Vintage, 2004.
- _____. *Playing in the Dark: Whiteness and the Literary Imagination*. New York: Vintage, 1992.
- _____. *Beloved*. New York: Vintage, 1987.
- O'Gorman, Edmundo. *La invención de América: el universalismo de la cultura occidental*. Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 1958.
- Paredes, Américo. *George Washington Gómez: A Mexicotexan Novel*. Houston: Arte Público, 1990.
- _____. *"With His Pistol in His Hand": A Border Ballad and Its Hero*. Austin: University of Texas Press, 1958.
- Pease, Donald E. *The New American Exceptionalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2009.
- _____. "New Americanists: Revisionist Interventions into the Canon". *Boundary 2* 17, N° 1 (Spring 1990): 1-37.
- Pérez, Emma. *The Decolonial Imaginary: Writing Chicanas into History*. Bloomington: Indiana University Press, 1999.
- Quayson, Ato. "Fecundities of the Unexpected: Magical Realism, Narrative, and History". *The Novel, Volume 1: History, Geography, and Culture*. Ed. Franco Moretti. Princeton: Princeton University Press, 2006. 726-758.
- Quijano, Aníbal. "Coloniality and Modernity/Rationality". *Cultural Studies* 21, issue 2-3 (April 2007): 168-78.
- Quijano, Aníbal e Inmanuel Wallerstein. "La americanidad como concepto, o América en el moderno sistema mundial". *América 1492-1992. Trayectorias históricas y elementos del desarrollo*. Unesco. Vol. XLIV, núm. 4, (1992): 583-591.

- Rabasa, José. *Inventing America: Spanish Historiography and the Formation of Eurocentrism*. Norman: University of Oklahoma Press, 1993.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: El perro y la rana, 2009.
- Rechy, John. *The Miraculous Day of Amalia Gómez*. New York: Little Brown, 1992.
- Rediker, Marcus. *The Slave Ship: A Human History*. New York: Viking, 2007.
- Reed, Walter E. *An Exemplary History of the Novel: the Quixotic versus the Picaresque*. Chicago: University of Chicago Press, 1981.
- Roach, Joseph. *Cities of the Dead: Circum-Atlantic Performance*. New York: Columbia University Press, 1996.
- Robertson, Roland. *Globalization: Social Theory and Global Culture*. London: Sage, 1992.
- Roh, Franz. "Magical Realism: Post-Expressionism". *Magical Realism: Theory, History, Community*. Eds. Louise P. Zamora & Wendy Faris. Durham: Duke University Press, 1995. 15-31.
- Roosevelt, Theodore. *The Rough Riders*. New York: Modern Library, 1999.
- Roy, Arundhati. *The God of Small Things*. New York: Farrar, Straus, and Giroux, 1996.
- Saldívar, José David. "Looking Awry at 1898: Roosevelt, Montejo, Paredes, and Mariscal". *American Literary History* 12, N° 3 (2000): 386-406.
- _____. *Border Matters: Remapping American Cultural Studies*. Berkeley: University of California Press, 1997.
- _____. *The Dialectics of Our America: Genealogy, Cultural Critique and Literary History*. Durham: Duke University Press, 1991.
- Sollors, Werner, ed. *Multilingual America, Transnationalism, Ethnicity, and the Languages of American Literature*. New York: New York University Press, 1998.
- Spivak, Gayatri Chakravorti. *Other Asias*. London: Wiley-Blackwell, 2007.
- _____. "Can the Subaltern Speak?" *Marxism and the Interpretation of Culture*. Eds. Cary Nelson & Lawrence Grossberg. Urbana: University of Illinois Press, 1988. 271-313.
- Walcott, Derek. "The Sea is History". *Collected Poems: 1948-1984*. New York: Farrar, Straus, and Giroux, 1986. 364-367.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis de sistemas-mundos. Una introducción*. Madrid: Siglo XXI, 2006.
- Wallerstein, Immanuel, Calestous Juma, Evelyn Fox Keller, Jürgen Kocka,

Dominique Lecourt, Valentin Y. Mudimbe, Kinhide Mushakoji, Ilya Prigogine, Peter J. Taylor, Michel-Rolph Trouillot. *Open the Social Sciences: Report of the Gulbenkian Comission on the Restructuring of the Social Sciences*. Stanford: Stanford University Press, 1996.